

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡venid y ved lo que Dios ha hecho! –

Salmo 66

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

Salmo 66:1-20

Ya con las primeras palabras del salmo, el autor señala la dirección en la que él quiere que le acompañemos: ¡con júbilo y cánticos debemos honrar el nombre de Dios! Su alabanza no es sólo la expresión de un estado de ánimo festivo. “Es el eco de la revelación poderosa y bondadosa de Dios, la respuesta a sus poderosas acciones, por las que testificó y glorificó Su nombre en Israel y entre las naciones. Él dirige su mirada a Dios – no a cualquier Dios, como lo sueña el anhelo humano, la fantasía piadosa o la especulación filosófica, sino al Dios de los antepasados, que se ha dado a conocer a su pueblo del pacto, por su nombre” (H. Lamparter; lea Éx. 3:13-15; Dt. 28:10).

En cada estrofa de su canción, el salmista describe la acción de Dios bajo un aspecto diferente: en los versículos 1-7 enfatiza el poder de Dios. En los versículos 8-12 se regocija de que Dios puede sacar de la necesidad y dar la salvación. En los versículos 13-20 habla de Dios que responde a la oración. Todo esto le da gran alegría.

Si sintonizamos de todo corazón con el salmista, esto puede mover algo en nosotros de una manera completamente nueva, puede revivirnos. Porque a menudo es difícil para nosotros alabar, agradecer o incluso regocijarnos.

Nuestra vida cotidiana a veces se ve de gris en gris; las relaciones parecen romperse inexorablemente, a pesar de todos nuestros esfuerzos. O un diagnóstico grave y su pronóstico nos deprime. Y ahora el llamado: “¡Aclamad a Dios con alegría!” ¿Cómo se supone que funciona esto?

Nuestro salmo muestra que hay personas que, incluso en las más grandes profundidades de sus vidas, no dejan de alabar a Dios (comp. v.10-12). Aquí encontramos una grandiosa confianza de la que podemos aprender.



Día 2

Salmo 66:1-5

Nuestra vida cotidiana no es solamente vivir de gris en gris, sino también muy completa y de muchos colores. Muchas cosas, muchos sucesos o nombres hacen que nuestro corazón palpite más rápido – y pueden hacernos olvidar a Dios. El salmo 66 nos da buenas sugerencias sobre cómo podemos ser guardados de esto.

Con su canto de alabanza, el salmista nos abre primero los ojos a la incomparable, maravillosa creación y nos invita a exaltar a nuestro Dios: “decid a Dios: ¡cuán asombrosas son tus obras!” El imponente mundo montañoso, la interminable extensión del mar, las aves migratorias con su sistema de radar único, las luciérnagas que envían sus impulsos de luz en fracciones de segundos, y nosotros los humanos, que somos una obra de arte única de nuestro Creador, - ¿no deberían estos impresionantes testimonios de Su poder creativo, ayudarnos a regocijarnos y maravillarnos por la grandeza de Dios? “Decid a Dios: ¡cuán asombrosas son tus obras!” (v.3a).

Cuando empezamos a alabar la grandeza y omnipotencia de Dios, la alegría que hay en Él puede desplegarse en nosotros de una manera inimaginable. La alabanza es como una corriente ascendente que da alas y te lleva por encima de las profundidades. Con esto tocamos un misterioso contexto espiritual. Muchos de los que no se dejaron arrastar por las dificultades y la persecución, por el sufrimiento y el dolor, y que a pesar de todas las dificultades no dejaron de honrar a Dios con la alabanza y la acción de gracias, se salvaron de la amargura y del desánimo.

Otro consejo leemos en el versículo 5: “¡venid y ved las obras de Dios!” Estamos invitados a estudiar la Biblia, a observar las grandes obras de Dios y meditar sobre ellas, admirar sus milagros con agradecimiento y adoración. “Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos, y se alegrarán” (Sal. 34:1,2; lea Sal. 103:1,2).



DÍA 3

Salmo 66:3; Daniel 3:19-30

Los enemigos de Dios tienen que humillarse ante Su gran poder. Dios es y sigue siendo el Vencedor. Esta realidad se traza como un hilo rojo por toda la Biblia. Por más que se presenten hombres o poderes enormes, demostrando su influencia, al final todos tienen que doblar sus rodillas ante “el Rey de reyes y el Señor de señores” (lea Fil. 2:9-11; 1.Ti. 6:15).

La historia de Israel es una prueba evidente del obrar del Dios omnipotente y soberano hasta llegar a nuestros días. Al mismo tiempo consiste “toda la grandeza de nuestro Dios en la filigrana de consuelo personal y cuidado. Dios en ninguna cosa es más grande que en las pequeñeces, con las que Él levanta y cura, cambia y termina todas ellas.” (H. Bezzel).

Esta realidad no la debemos admirar solamente. Ella nos puede ayudar a fortalecer nuestra relación con Dios y donde y cuando haga falta, revisarla y renovarla.

Quizás nos hemos soltado de la mano fuerte de Dios, la que nos ha guiado hasta ahora. Entonces no es de asombrarse, si el gozo y el júbilo acerca de Dios haya menguado. Pero la mirada a nuestro gran Dios es el único camino para conseguir una visión clara para las cosas esenciales y la mirada correcta para las cosas terrenales. No es en balde, que en los salmos una y otra vez se nos dice: “¡Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas!; ¡cantad alegres a Jehová, toda la tierra, levantad la voz, y aplaudid, y cantad salmos!” (Sal. 98:1a.4; comp. Sal. 96:1-4; 100: 1-5).

De esta forma, nuestra manera de pensar y hablar estará en sintonía con la alabanza de Dios, que nos salva del desánimo y la resignación. Entonces seremos capaces – aunque nuestras vidas se vean limitadas – de cantar una canción de alabanza para la gloria de Dios, como recomienda el salmista. (Lea Éx. 18.10,11; Sal. 50:14,15,23; 71:20-23.)



Día 4

Salmo 66:4-7; Éxodo 14:1-4,19-31

Parecería que el salmista no lo puede repetir suficiente veces: ¡Dios es digno de ser alabado! Él se dirige a los pueblos de la tierra, aunque aún no conocen al Dios viviente. ¿Habrá su canción alcanzado oídos ignorantes?, ¿se habrán abierto algunos ojos para la grandeza de Dios?

¡Nosotros hoy somos receptores de estas palabras alentadoras! El salmista recuerda con reverencia y admiración las grandes obras de Dios en Egipto. El Faraón tuvo que humillarse contra su propia voluntad delante del Todopoderoso y dejar salir al pueblo de Israel. Él tuvo que sentir que aquel que se levanta contra Dios, tiene al Todopoderoso en su contra. Pero el que confía en Él, experimenta Su cuidado.

La intervención salvadora de Dios dejó en el pueblo de Israel huellas imborrables. De generación a generación compartían lo que había pasado en el Mar Rojo, cuando los enemigos egipcios querían hacer volver a la esclavitud a los israelitas. Por la palabra poderosa de Dios se dividieron las aguas, retrocediendo a su natural corriente, levantándose como muros a la derecha y a la izquierda.

Los israelitas experimentaron muy de cerca, que podían pasar por el fondo del mar, atravezándolo en seco, pero sus enemigos poco después, por el mismo camino, se ahogaron impotentes.

Tan grande es Dios que las aguas se separaron por Su mandato, y volvieron a su cauce también por Su palabra. Tan poderoso es Él, que también muros, que parecían invencibles, se derrumbaron, o que el sol se detenía (lea Jos. 6:20; 10:12,13).

Pero: “todos estos son pequeños milagros comparados con el milagro de la conversión de un pecador. El hombre natural no se somete a Dios; él quiere esto y aquello, no quiere obedecer: esto va contra su naturaleza. Esta naturaleza Dios la somete; Él cambia el curso de la naturaleza, transformando a pecadores en santos” (B. Peters).



Día 5

Salmo 66:6; Éxodo 14:10,13-18

Huyendo de los egipcios, los israelitas se encontraron en una situación opresiva: el Mar Rojo delante de ellos y los enemigos detrás de ellos. No había salida. Rodeados de peligros mortales, no sabían qué hacer.

Pero Dios vio a su pueblo y escuchó su clamor. Él no estaba confuso, sino que siguió un plan bien pensado. En vista de la gran necesidad, le dijo a Moisés la palabra decisiva: “¡dí a los hijos de Israel que marchen!” (Éx. 14:15b).

¡Marchar! Tal vez para nuestra situación de hoy, esto podría significar: continuar en un camino con muchos baches. Seguir adelante, aunque en este momento la espesa niebla oscurece la vista de la siguiente curva del camino. Y cuando el agua esté hasta el cuello, confiar en que Dios cumplirá sus promesas. “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Éx. 14:14; comp. Is. 43:2-4).

Alguien dijo una vez: “Dios no lleva a sus hijos por caminos de mármol, sino por el camino correcto”. Él no pasa por alto a nadie, ni siquiera desoye nuestros gritos. No le faltan los medios para ayudarnos. Incluso en situaciones de desesperanza humana, Él conoce la manera de seguir adelante.

Muchos hombres y mujeres de la Biblia relatan por propia experiencia, cómo Dios estaba cerca de ellos y los guiaba con seguridad por caminos inciertos, oscuros y peligrosos.

Agar: “tú eres Dios que ve” (Gn. 16:13b). Eliezer: “Bendito sea Jehová, ... guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo” (Gn. 24:27). José: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20a). Ana: “Él guarda los pies de sus santos” (1.S. 2:9a). David: “Sabed, pues, que Jehová ha escogido al piadoso para sí” (Sal. 4:4a).

También nosotros podemos seguir nuestro camino confiadamente de la mano de Dios.



Día 6

Salmo 66:8-12; 9:11

“Benedicid, pueblos, a nuestro Dios, y haced oír la voz de su alabanza”.
Nuevamente el salmista exhorta a alabar a Dios.

Dios había permitido que su pueblo fuera esclavizado bajo el dominio de los egipcios, pero con Su mano fuerte lo había sacado. En retrospectiva, Israel sólo puede dar testimonio de la gran fidelidad de Dios. Que todos se unan a la contagiosa alabanza de este Dios fuerte y misericordioso. “¡Alábenlo en voz alta para que todos lo oigan! Dios nos mantiene vivos, no nos deja perecer” (Sal. 66:8b,9 trad. libre).

Es así, que nosotros significamos mucho para Él. Se asegura de que no nos hundamos en las tormentas de la vida. “Porque los ojos del Señor pasan por toda la tierra para asistir fielmente a aquellos cuyo corazón está puesto en él de manera perfecta” (2.Cr. 16:9a trad. libre; comp. Sal. 34:7; 91:4; 125:2).

Sin embargo, estas maravillosas promesas no descartan los caminos difíciles. El salmista habla de una prueba divina. Él sabe acerca de prisiones y cargas que tenemos que llevar. Se le permitía a hombres ejercer poder sobre el pueblo de Dios. El salmista ve en todo ello una referencia a la plata, metal precioso, que se “purifica” en el horno de fusión. Cuando se la expone a cierta temperatura, la materia extraña se quema y la plata pura queda atrás.

“Todo esto, resumido en fuego y agua, vino de la mano de Dios, que redime y hace obedientes a los redimidos. Pero en lo otro también deben y pueden reconocer en la historia de Israel: pero tú nos has llevado a la abundancia. Lo que es la misericordia de Dios, sólo puede ser reconocida a través del ‘desvío’ de esta historia especial: tiene el juicio en el fondo como una hoja oscura, pero conduce a la inmensidad inconmesurable del conocimiento de Dios” (D. Schneider).

Dios nunca deja a su pueblo solo en las pruebas. Lo sostiene y le ayuda. “Pero tú nos has sacado y nos has dado abundantes dones” (Sal. 66:12b trad. libre).



Día 7

Salmo 66:10-12; 40:2

El salmista enumera varias pruebas por las que el pueblo tuvo que pasar. Al hacerlo, se aferra al hecho de que no era cualquier circunstancia, sino Dios mismo quien lo había llevado a la respectiva situación difícil.

- “*Tú nos probaste*”. Gn. 22 describe la difícil hora en la que *Abraham* iba a sacrificar a su único hijo amado, Isaac. Él se aferró a que Dios cumpliría Su promesa, de hacer una gran nación de su descendencia (lea Gn. 15:3-6; Ro. 4:20,21).

- “*Tú nos probaste ... como se afina la plata*”. En Mal. 3:2,3 se compara a Dios con un fundidor que elimina las impurezas del metal precioso. Así que nuestro Dios sabe exactamente qué grado de calor se necesita para limpiarnos de lo que no perdura. *Job* tuvo que pasar por pruebas muy difíciles. En medio de todos los sufrimientos maduró su reconocimiento: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y cuando mi piel haya sido destruida, todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; ... y no otro” (Job. 19:25-27a NVI).

- “*Tú nos metiste en la red*”. De ahí, según el parecer común, no hay salida. Pero nuevamente se describe de manera sorprendente el obrar de Dios: “... nos sacaste a abundancia”. Así lo experimentó también el discípulo de Jesús, *Pedro* (Hch. 12:3-11).

- “*Tú nos hiciste pasar por el fuego*”. Estar expuesto al fuego, significa enfrentarse con la muerte segura. Respecto a los *tres amigos* de Daniel, nadie había creído que se salvarían del *horno de fuego*, pero el Señor estaba con ellos. El fuego no pudo hacerles nada. “ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían” (Dn. 3:27b).

Dios no nos dejará nunca solos en *nuestras* pruebas. En medio de ellas lo podemos conocer cada vez mejor.



Día 8

Salmo 66:10-12

Una ex estudiante comenta sus experiencias con estos versículos: “Yo había solicitado una pasantía y fui invitada para una entrevista, la cual salió muy bien. Había un ambiente agradable, de modo que pude abordar sin dudarlo mi deficiencia visual, con la que he vivido desde la infancia. Llegamos a la conclusión conjunta de que esta limitación podría ser bien compensada en el trabajo. Así que me fui a casa de buen humor.

Tanto más grande fue mi decepción cuando recibí un rechazo por correo electrónico dos días después. La razón fue mi discapacidad visual. Estaba devastada. Fue como un puñetazo en la cara para mí. Me sentí indefensa y humillada.

En mi diaria lectura bíblica leí este día el Sal. 37:4 “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”. Estas palabras tocaron el centro de mi corazón agitado. Yo sentía que Dios se dirigía personalmente a mí con estas palabras. Por eso no seguí lamentándome por esta decepción, sino que la entregué confiadamente a Jesús.

Sorprendentemente, conseguí otro trabajo en muy poco tiempo. Y Jesús me dio la posibilidad de desarrollar un tema para mi tesis allí, y también conocí a un profesor que se ofreció a supervisar mi trabajo.

El Señor también bendijo el trabajo en la institución. Yo podía hablarles a las mujeres jóvenes acerca de Jesús. Ellas querían que sus hijos fueran bautizados y tenían que tener una charla bautismal. Me dieron esta tarea y muchas otras que eran importantes para mis estudios.

Mirando hacia atrás, sólo puedo atestiguar que Dios, como se describe en el Salmo 66, me había purificado y puesto una carga sobre mí, pero al final me sacó de la necesidad y me dio ricos regalos. Una vez más pude experimentar la fidelidad de Dios”. (Lea Éx. 34:6; Lm. 3:22,23; 1.Co. 10:13.)



Día 9

Salmo 66:12; Isaías 43:1-4

“... *pero tú* nos sacaste a un lugar de abundancia” (Biblia de las Américas). Con estas palabras el salmista introduce el cambio, después de las mencionadas dificultades y cargas.

Pero antes realza el reconocimiento de que Dios es el que estaba detrás de los acontecimientos. “¡Pero tú ...!” En estas palabras podríamos sentir también cierto tono de queja. Sin embargo él no se detiene con las luchas y dificultades, sino que pone frente a las experiencias amargas un decisivo “*pero*”: “*pero tú* ... “ Los problemas no eran lo último, sino al final estaba la intervención de Dios.

El autor del Salmo 93 testimonia en una parecida situación difícil: “Se levantan las aguas, Señor; se levantan las aguas con estruendo; se levantan las aguas y sus batientes olas. *Pero el Señor*, en las alturas, se muestra poderoso: más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más poderoso que los embates del mar” (Sal. 93:3,4 NVI).

También en la historia de Israel encontramos tal “*pero*” salvador: “pues sus corazones no eran rectos con él, ni estuvieron firmes en su pacto. *Pero él*, misericordioso, perdonaba la maldad, y no los destruía” (Sal. 78:37,38a).

En el Salmo 94 leemos que el salmista se encontraba personalmente en una situación muy difícil, pues estaba rodeado de hombres celosos e injustos. Su enorme maldad lo oprimía. Sin embargo, podía decir: “Cuando en mí la angustia iba en aumento, tu consuelo llenaba mi alma de alegría” (Sal. 94:19 NVI). Él sigue comentando cómo los hombres se reúnen, conspirando contra personas honradas, queriendo derramar sangre inocente. También a esta carga él contrapone el “*pero*” divino: “*Pero el Señor* es mi protector, es mi Dios y la roca en que me refugio” (Sal. 94:22 NVI).

Quien hoy se siente atacado por el adversario de Dios, puede confiar, igual que Pablo: “¡*Pero el Señor* estuvo a mi lado!” (Lea 2.Ti. 4:17; comp. Sal. 54:4.)



DÍA 10

Salmo 66:13-15,18; 84:1-12

Después de que el salmista experimentó la intervención de Dios de una manera maravillosa, siente la gran necesidad de dar gracias a Dios. En el santuario le ofrecerá sacrificios y allí quiere cumplir las promesas que ha gritado en su angustia.

Es interesante notar que la palabra hebrea “ofrecer”, en su raíz, viene de “acercarse”. Ésta es una cercanía con el objetivo de una profunda comunión con Dios. Nosotros solemos asociar los actos de sacrificio con la idea de culpa y expiación. Sin embargo, Dios no sólo había dado a su pueblo el mandamiento de *sacrificios por el pecado y la culpa* (comp. Lv. 4:27-29; 5:15,16) sino también dio la oportunidad de hacer sacrificios voluntarios. Por ejemplo, el creyente podría expresar su gratitud a Dios con una *ofrenda de agradecimiento* (Lv. 7:29,30).

El mencionado sacrificio en el versículo 15 era un *holocausto*, quiere decir que todo el animal se quemaba entero (lea Lv. 1:6-9). “El holocausto representaba así la total entrega del que ofrendaba al Señor. Aquí el hombre no se guardaba nada para sí mismo, todo pertenecía a Dios” (diccionario bíblico)

El salmista también decide ofrecer holocausto, para demostrar a Dios su amor y disposición de total entrega. Esta actitud de su vida la afirma con su confesión: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:18).

Nosotros hoy no tenemos que hacer sacrificios, pues Cristo, en su amor, ya se ha entregado por nosotros como “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2b). Nosotros podemos responder a esto como Pablo lo escribe a los creyentes en Roma: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1).



Día 11

Salmo 66:16-20; 71:14,15

En el versículo 5 el salmista ya había invitado a sus oyentes: “¡Vengan y vean las proezas de Dios, sus obras portentosas en nuestro favor!” (NVI). Los versículos 3 al 8 eran una invitación a los pueblos para ver en el ejemplo de la historia de Israel, cuán omnipotente, misericordioso y bondadoso es Dios.

Ahora el salmista exhorta a escuchar su comentario. En eso se dirige a los creyentes, a aquellos que con respeto y humildad pertenecen a Dios y pueden acompañarlo en su alabanza. Esta vez él se concentra a compartir sus experiencias cómo Dios respondió a sus oraciones. Ellas hacen rebalzar su corazón en grande agradecimiento y profundo gozo.

Siglos más tarde Pedro y Juan lo testifican de manera parecida: “no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20). Comentarios parecidos, como: Lc. 4:31-44; 24:36-49; Hch. 1:6-11 muestran la grandeza de nuestro Señor y alegran nuestros corazones.

Una mujer cuenta lo que ha experimentado con Jesús: “Yo participaba en un seminario donde se desarrollaba el tema de *la oración*. Una frase del seminarista me impresionó en forma especial. Él nos exhortó que orar no es solamente *hablar* con Dios, sino también *escucharle* lo cual involucra el *obedecer*.

Después en casa en mi tiempo de oración, le dije a Jesús mi impotencia en este aspecto y le pedí: ‘Señor, habla tú, yo espero una palabra de ti’. No tuve que esperar mucho por la respuesta. De repente la sentía en mi interior: ‘¡Sé totalmente de Él, o déjalo completamente!’*

El desafío que significaba esta expresión tocó el centro de mi corazón. Yo sabía exactamente qué aspectos en mi vida no eran compatibles con un verdadero discipulado de Jesús. Así que decidí vivir una vida consecuente e inflexible con Jesús”. (Lea Mt. 10:38; 16:24.)

*Una cita de pastor Wilhelm Busch, con la que quería despertar a sus oyentes respecto de su falta de entusiasmo o decisión.



DÍA 12

Salmo 66:16-20; Santiago 4:2,3

El salmista quiere compartir con otros lo que él ha aprendido en situaciones de crisis, para ayudarles en exigencias parecidas. La dificultad le enseñó tres puntos: 1. La oración es la reacción correcta a todos los problemas. 2. La oración alivia y da fuerza para la exigente vida cotidiana. 3. Dios escucha la oración y actúa.

Ahora el salmista quiere ejercitarse, actuando contra el problema del olvido, e informa: “Cuando clamé a él con mi boca, yo sabía: ¡Dios me ayudará! Por eso comencé a alabarlo” (v.17 trad. libre).

Esto nos recuerda a David, el que se exhortaba a sí mismo y a nosotros: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios” (Sal. 103:2).

Pero el salmista habla también abiertamente del peligro de motivos deshonestos y malos. Si hay tales intenciones en nuestro corazón, actuarán como barrera entre Dios y nuestra oración (comp. 1.S. 15:24-30; Jer. 45:5a).

¿Cuáles motivos caracterizan nuestras oraciones y acciones? Quizás pensamos y decimos que nos importa la causa de Dios. Pero Dios ve en nuestro corazón y conoce nuestros pensamientos. Realmente es un regalo especial, si Él nos puede mostrar en qué nos hemos engañado a nosotros mismos, y hacernos ver finalmente, que nos importaba solo nuestra fama y el bienestar. Si este es el caso, entonces podemos confesarlo ante el Señor y pedirle perdón y ordenar nuevamente nuestra vida delante de Dios, quizás haría falta también delante de una persona. La comunión despejada con Dios merece este paso, que no es siempre fácil.

Al final el salmista acentúa tres veces: “Dios ciertamente me escuchó – atendió a la voz de mi súplica – no echó de sí mi oración” (v. 19,20a). Así él puede señalar con ánimo a la bondad de Dios, la que le ha acompañado hasta este momento. ¡Realmente esta es una razón para alabar a Dios! (Lea Sal. 36:5,7; 52:8b; Jer. 31:3.)


